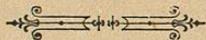


¡ La juventud pobre y abandonada! ¿ Hay acaso obra más noble que atender con especial cuidado á los niños á quienes el desamparo, la ignorancia ó la depravación arrojan á la influencia del mal?

Don Bosco va, pues, á recogerlos, á darles asilo, á enseñarles honrado oficio y á hacer de ellos hombres útiles á la sociedad; aún más, va á enaltecerlos con los esplendores de la fe; les dará á conocer la inmortal belleza del alma que, con ser hecha á imagen de Dios, ultrajan porque no la conocen, y á muchos de esos humildes hijos del pueblo llegará á investirlos con la más alta dignidad que existe en la tierra: el sacerdocio.

Vamos á ver de que modo Don Bosco llegó á cumplir el ministerio que le fué confiado por la Providencia Divina.



PRIMEROS AÑOS

El 16 de agosto de 1815 Juan Melchor Bosco vino al mundo en Castelnuovo de Asti, cerca de Turín.

Francisco Bosco, su padre, poseía cerca, en la aldea de *Becchi*, una pequeña propiedad que cultivaba con sus manos y de cuyo producto vivía. Era ya viudo cuando contrajo segundas nupcias con Margarita Occhiena, de la cual tuvo dos hijos: José el primogénito y Juan el segundo.

Una breve enfermedad ocasionó prematura muerte al jefe de esta familia y rompió con su muy sentida pérdida la unión más perfecta y feliz; porque Francisco, hombre bueno, justo y laborioso, era esposo modelo y fervoroso cristiano.

Apenas Juan tenía dos años cuando tamaña desgracia vino á enlutar el hogar. Margarita empero era una mujer incomparable. Recayendo en sus manos la dirección de la casa, no tuvo reparo — acompañada de los criados que servían á su marido y que ella quiso conservar — en labrar per-

sonalmente la tierra, sin que esto fuese obstáculo á que se ocupase con infatigable vigilancia en la educación de sus hijos.

La sabia dirección con que hizo del pequeño Juan un apóstol y aun un santo, es el mayor timbre de gloria de esta mujer que bajo el vestido humilde de aldeana atesoraba un corazón digno de reina (1).

En la fisonomía de Margarita se advertían bien aquella gracia y modestia singulares que como con sello indeleble suele imprimir la vida del campo; mas la nativa rudeza de su robusta raza estaba dulcificada en ella por una caridad sin límites y por un encendido amor de Dios y del prójimo; todo lo cual contribuía á realzarlo su buen juicio y á ponerlo más de manifiesto su rara delicadeza de sentimientos. Dotada de gran firmeza, era inflexible con el mal; el pecado la horrorizaba, y un día que, llevando á sus hijos de la mano, se encontró con un viejo que profería groseras palabras: «Hijos míos, les dijo, si hubierais de asemejaros alguna vez á este desgraciado, yo rogaría á Dios que al instante os diera la muerte.»

Los intereses de la vida material no excluían los del alma, de manera que las sanas lecturas, las oraciones de la mañana y de la noche, recita-

(1) La vida de Margarita Bosco, escrita con notable amenidad por el sacerdote salesiano Don J. B. Lemoyne, hállase traducida en español y otras lenguas. Remitioms á ella á las personas que deseen conocer más circunstanciadamente los primeros años de Don Bosco—(Nota del Traductor).

das en común, alternábanse con el trabajo, y Margarita, y sus niños y domésticos jamás se iban á descansar sin que antes rezaran á coros el rosario.

Así educado en la simplicidad, unida á cierta grandeza, bajo las alas de una de esas madres que da Dios á sus escogidos, Juan Bosco se desarrolló rápidamente. Sobrio en la comida, firme en el trabajo, creciendo al aire libre, era fuerte y robusto. De natural observador y mesurado en sus palabras, escuchaba con gran atención y revelaba inteligencia y carácter sorprendentes en su edad.

No tardó en ejercer extraordinaria influencia sobre sus camaradas y aun sobre personas de más años que él, hasta el punto que, si se suscitaba una discusión, unánimemente era elegido por árbitro; si asistía á alguna fiesta, todos querían venir á su lado. Ninguno le aventajaba en referir historias maravillosas y llenas de interés, que por lo regular leía en la vida de los santos; y tal encanto tenía su palabra que conmovido su sencillo auditorio le escuchaba horas enteras con manifiesto deleite, revelándose ya entonces aquella atracción poderosa que en tan alto grado había de poseer más tarde.

No puedo resistir aquí al deseo de contar un rasgo muy significativo que caracteriza al joven Bosco y permite entrever el predominio que había de alcanzar sobre los hombres.

Tenía un saltimbanqui la costumbre de hacer juegos de manos, todos los domingos, en la plaza á que da frente la iglesia de Murialdo, aumentán-

dose con este motivo el número de muchachos holgazanes que en vez de asistir á los divinos oficios iban á entretenerse en los alrededores del templo. Advirtió el pequeño Juan el profundo disgusto que ocasionaba esto al pobre capellán, quien no podía ver con indiferencia que se turbara á todo el mundo con el redoble del tambor antes que concluyera la misa, y para evitar tal desconcierto ocurrióle un plan que puso en el acto en ejecución. Pastoreaba él á la sazón en un prado, en medio del cual daba abundante sombra un añoso peral de extraordinario grueso, de cuyas ramas tendió unas cuerdas, é ingenióse en repetir los artificios del prestidigitador. Agil, fuerte y audaz no tardó mucho el discípulo en asemejarse al maestro.

Un domingo, que como de costumbre, apareció en la plaza el saltimbanqui, colocóse el pastorcillo en la primera fila de espectadores. A cada habilidad ó prestigio de aquél, éste con cierta sorna exclamaba: «¡No está malo!» Esta continuada crítica concluyó por exasperar al charlatán el cual le apostrofó con viveza:

—«¡Pues, haz tú otro tanto, rapazuelo»

—«Yo le digo que eso no está malo!» y luego sin más ni más salta sobre la maroma y no sólo ejecuta las mismas volteretas sino también otras pruebas de equilibrio ideadas por él, y todo con tanta gracia y habilidad que el concurso entero estalló en ruidosos aplausos.

Este inopinado suceso bastó á turbar de tal ma-

nera al saltimbanqui que desde entonces no volvió más á presentarse en Murialdo.

Bien se comprenderá el eco que aquella hazaña tuvo en todo el vecindario. No obstante, el domingo siguiente, como muchos manifestaran cuánto sentían carecer de la distracción á que se habían aficionado, Juan les propuso entonces hacer de volatinero y prestidigitador, á fin de que no quedasen privados del espectáculo que les era favorito. Este ofrecimiento fué aceptado con entusiasmo; mas hé aquí que el nuevo prestidigitador, antes de comenzar la fiesta, de pie sobre una silla, en voz alta, se pone á recitar el sermón predicado en la misa y que muchos que habían quedado á la puerta no habían oído. No faltaron murmullos y tímidas protestas; pero ninguno se retiró, y á poco todos fueron de sobra compensados con variados y fascinadores artificios.

En la ocasión siguiente Juan Bosco no se limitó á la repetición del sermón sino que agregó una decena del rosario, y después el rosario entero. Era en verdad un extraño apostolado; pero complaciasele en cuanto él pedía, y aunque joven, casi niño, era verdaderamente extraordinario el ascendiente que había llegado á obtener sobre la muchedumbre.

Con una madre como Margarita Bosco nadie extrañará que la vocación eclesiástica se manifestase en Juan desde la infancia.

Consagrado desde su nacimiento á la Virgen Santísima, en edad temprana tuvo un sueño

maravilloso que le indicó el camino que había de seguir. Desde entonces expresó categóricamente y sin reparo su intención de ser sacerdote. La realización de tal deseo no dejaba, sin embargo, de parecer difícil, supuesto que en la parroquia no había escuela, y si bien el pastorcillo conocía bastante el catecismo enseñado por su madre, su instrucción no abarcaba mucho más. Empero el Capellán, apreciando las singulares disposiciones de este niño, ofrecióse espontáneamente á darle clase una vez por semana; madre é hijo aceptaron gozosos tan bondadosa atención.

La aldea de *Becchi* estaba no lejos de Murialdo, centro de la parroquia y parte también del comunal de Castelnuovo de Asti, de modo que eran unos cinco kilómetros, entre ida y vuelta, los que Juan contento acostumbraba recorrer. Su grande aplicación y prodigiosa memoria le permitieron realizar rápidos progresos; mas por desgracia Don Calosso —su venerable maestro— de edad avanzada y agobiado por las fatigas de un largo ministerio, falleció casi súbitamente á consecuencias de un ataque apoplético, y los estudios fueron interrumpidos (1828).

Desastre fué éste que llenó á Juan de profunda pena alterando de tal modo su salud, que su madre hubo de mandarle á Capriglio, de donde á poco volvió para continuar su instrucción en la escuela pública de Castelnuovo. Era el camino demasiado largo y, particularmente en invierno, muy penoso para andarlo cada día; por lo que resignóse Margarita á dejarle allí como pensionista en casa de un

hombre excelente conocido suyo, y aunque sensible fué esta primera separación, evitóse con ella una excesiva fatiga y no pequeña pérdida de tiempo.

De esta escuela, pasó Juan á la de Chieri cuyos cursos eran más importantes y donde terminados sus estudios de latín le llegó el momento de la elección de estado. Juan no había variado en su resolución de consagrarse al Señor; pero vacilaba entre darse al clero secular ó á una orden religiosa, y bien que por una parte sentía gran inclinación á los franciscanos, por otra no se borraba de su mente el recuerdo de un sueño que le parecía sobrenatural y en el cual se había visto pastoreando una manada de corderos luego cambiados en niños.

Concluyó al fin por decidirse á entrar en el gran Seminario.

É importa recordar aquí una palabra memorable de Margarita Bosco y que admirablemente manifiesta su austera grandeza de ánimo. Como no faltara quien advirtiera á Juan que, abrazando el sacerdocio secular, podía con sus poderosas facultades llegar á una elevada posición, Margarita exclamó: *Hijo mío, si de sacerdote llegases á ser rico —no lo olvides— yo no te veré más; no pisaré ni una vez tu casa. Pobre he nacido y pobre quiero morir. Lo principal es la salvación de tu alma.*

Muchos episodios de no menor interés que edificación podríamos referir aquí tocantes á los seis años pasados por Juan Bosco en el gran Seminario de Chieri; pero queremos darnos prisa en considerar su vida sacerdotal.